

Venimos de Gerbasi y hacia Gerbasi vamos

VENPRES

Caracas.- Diciembre siempre miró como Vicente Gerbasi. ¿Sería acaso por esa "luz de conejos" que limpia el aire y la tierra desde Canoabo a lo incomensurable? Nadie tuvo tanta blancura en lo que decía. Su manera de existir, por y en la palabra, en el mundo y después del mundo, fue comienzo de epifania, entendimiento purísimo como aquella nube de trueno en el follaje de su casa de infancia, en la calle Caramacate, muy cerca donde las "grandes hojas sudorosas" dejaron el sudor del rocío en su pantalón y en el ijar de su caballo hasta que ganaba los bambúes de la carretera que va con la memoria y el ave quinquina derecho o torciéndose por la orilla del valle de Montalbán, cuando me sigue diciendo, en el viaje que junto emprendimos a la plaza de la aldea donde los campesinos y sus burros lo aguardaban para que dispersara, por la boca del micrófono, su invocación a la infancia, aquella primera vez de relámpagos y perfume de cafetales con la que inició su inteligencia poética uniendo los astros a la gota del río, el día a la perennidad, el hombre a lo sagrado, la rama más frágil al cos-

En ese entonces Canoabo fue un regreso a la penumbra de la iglesia donde Vicente Gerbasi rezó las páginas de "Los espacios cálidos" y el eco de su voz se mantuvo largamente entre los santos antes de alcanzar el valle y las montañas por las que su infancia dio la espalda a las esquinas de labriegos y al rostro de la madre, cuya mirada parecía fija "en un bosque lejano", mientras el padre empunaba la brasa de su corazón, sin saber que sus huesos tenían la consistencia del musgo del pequeño camposanto en los que se perderían entre la hierba del capin melao y las bromelias.

Inclinado sobre las aguas del pequeño río que rozaba casi el costado de su casa, Vicente Gerbasi me mostró la huella interior de su adiós al desconsuelo de la paloma torcaz y al estremecimiento del universo entre las hojas, a medida que la selva de urama entraba hondamente en su ser y le iba diciendo, hasta el último ceibo y la postrera flor, o lo que quedaba de tigre y de mariposa, cuánto de sí mismo duraría en la umbria y sus criaturas de grito y canto, más allá de Puerto Cabello, todavía en el filo de la alta mar que le prometía las costas del mar tirreno, las cocinas del pueblo de los Gerbasi y el idioma dulcísimo de Florencia, donde su adolescencia aprendería los versículos del infierno de Dante, las imágenes de la fuente de Petrarca, el pensamiento crepuscular de Leopardi, las canciones sencillas de Pascoli y el verbo amargo de Calvacantti.

Ya no sé en qué distancia del olvido situar el camino que hicimos a Canoabo Vicente Gerbasi y



Como viniendo de su poesía y dejando a ésta inmovilizada, aprisionada en los círculos nocturnos, Vicente Gerbasi emigró hacia la muerte después de padecer una larga enfermedad. Sus restos fueron velados hasta ayer en la Cancillería de la República dada su condición de embajador y como un homenaje merecido a su obra literaria. Fundador del grupo "Viernes", Vicente Gerbasi (1913) cosechó de la poesía contemporánea una posición privilegiada al ser traducido a varios idiomas. Su vasta producción, aparecida entre 1943 y 1977, contiene obras de gran valía como "Mi padre el inmigrante" y "Los espacios cálidos"; reeditada por Monte Avila bajo el nombre de "Antología Poética", en la que se recopilan poemas recientes como "Iniciación a la intemperie"

LUIS ALBERTO CRESPO

Poemas inéditos

Dos poemas inéditos de Vicente Gerbasi tomados, de su lecho de muerte, por el poeta Enrique Hernandez D'Jesús.

El Taciturno

Todo taciturno/
envejece entre cristales sombríos./
Acumula horas de desorden/
y se sitúa en una plaza/
solitaria de tristeza./
En ese momento reconoce/
su condición de huérfano./

Con el mar

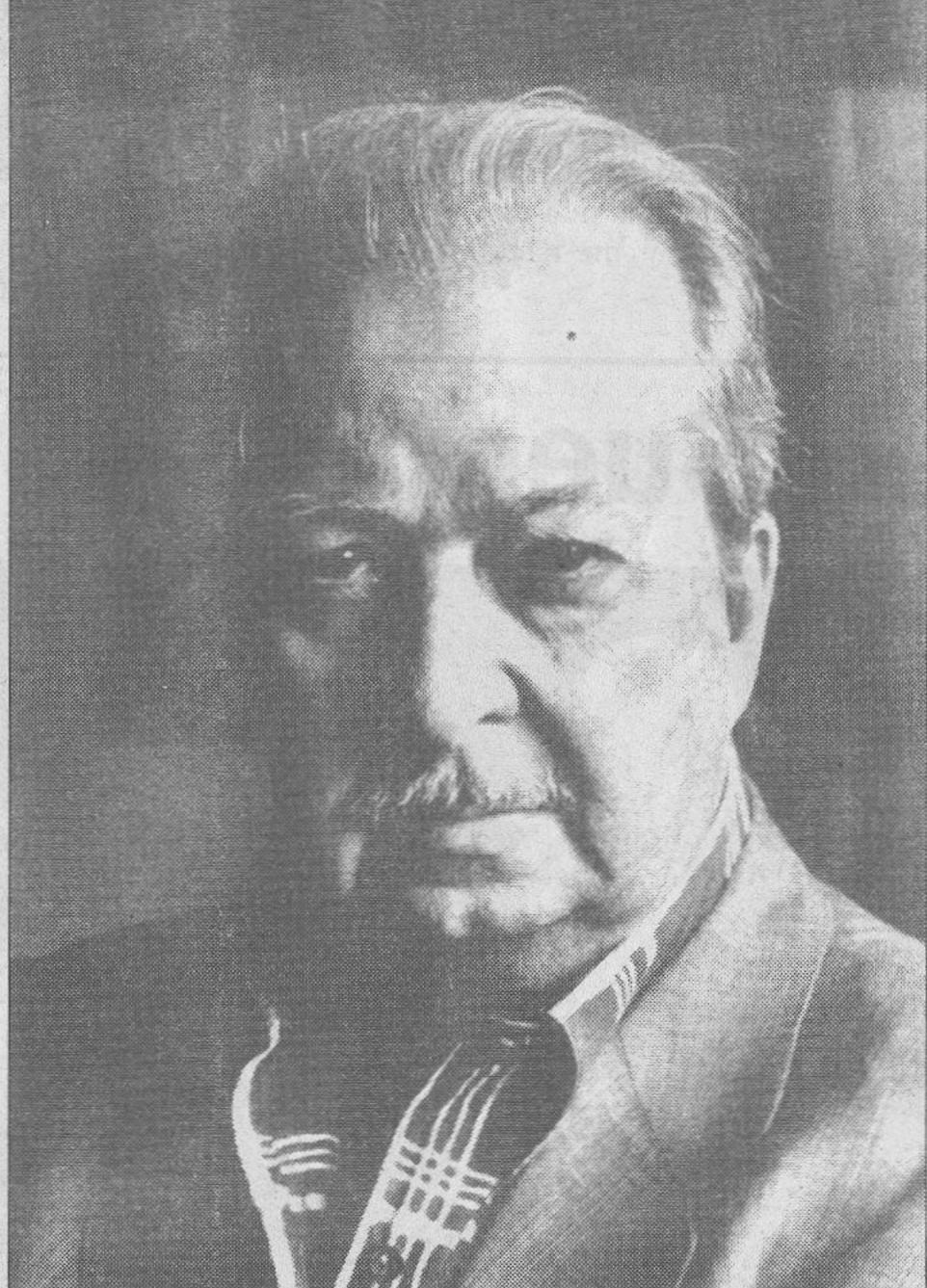
Si alguien me llama/
digan que no estoy./
Ando por las olas del mar,/
sí, ya de noche,/
por ese mar de hojas de luna,/
por el sonido con que/
embrujé el mar,/
por la lejanía,/
en el sonido marino de la mar./
Si alguien me llama/
digan que estoy solo/
con el mar...

Vicente Gerbasi Diciembre 1992

yo, pero sí el instante cuando su perfil y su mano quedaron detenidos entre la luz de la calle Caramacate y el sendero y dos caballos por los que su recuerdo memorizaba el adiós a la aldea y su lágrima en la proa del barco con su bandera italiana y sus alcatraces. Digo que en ese instante comprendí la inmensidad de palabra y sentido de "Mi padre el inmigrante" y supe para toda la vida cómo la tierra de Canoabo era el mundo reencontrado en el milagro de una imagen que podía unir

la nieve y el verano, el trigo y el maiz, el pino y el helecho, haciendo barro y polvo la desdicha y la fiesta del hombre donde antes reinaba el vacío o formando con el sentimiento y la razón un espacio íntimo capaz de hacer convivir el arriba de las constelaciones y el arriba de la orquidea.

Cada brillo del mirar de Vicente Gerbasi al saludar al amigo de la infancia, al reconocer una ventana, al respirar un follaje, al seguir el gavilán, al entrar en un niño, me regalaba, de nuevo, el go-



Vicente Gerbasi, dueño de una obra contundente

ce y el desasosiego de "Los espacios cálidos". "Te amo, infancia, te amo", leía en sus pupilas. Su traje claro en medio de la gente; su cabello con viento del lugar; sus manos abandonadas sobre su pecho y la voz suya imaginando, fundando, cada pasado como si así lo invisible recobrara su apariencia maravillosa, aún en su parte sombría, de desgracia y nunca más, quedarán entre su escritura y su paso por nosotros, sin ayer, indistintos, obra y existencia transfiguradas por la

muerte, a la que de continuo entendió como una elevación a un Dios, cristiano y panteista, dador de inocencia, jamás terrible, parecido al presentimiento de un ave en la sombra, de una flor secreta, exacto a la inmensidad de los astros y de los abrojos.

"Venimos de la noche y hacia la noche vamos", repite su palabra debajo de su lengua. Nosotros venimos de tí, Vicente Gerbasi, y hacia tí vamos. Como la tierra que ahora eres. Como el canto que ahora eres.